



Las controversias cristianas impulsaron á estudiar la dialéctica de Aristóteles. Acerca de este autor nos dió bastante luz Temistio, merced al conocimiento que tenía de los platónicos. Ammonio de Hermia y Eliodoro su hermano, áun cuando alumnos de Proclo, enseñaron en Alejandría la filosofía aristotélica, ó diré con más exactitud, que adoptaron algo del sistema peripatético, del cual se consideraba partidario todo el que no era platónico. Pero el más claro y docto entre los comentadores de Aristóteles fué Simplicio de Cilicia, refugiado también en Persia al cerrarse las escuelas atenienses. Merece un lugar muy bello entre las obras morales de los antiguos su comentario sobre el *Manual* de Epicteto, del cual se encontró últimamente un fragmento, digno de ponerse aquí.

Después de describir las costumbres del sabio, prosigue: «Si se encuentra en un país sujeto á un gobierno corrompido, guárdese de mezclarse en la administracion de los negocios públicos, porque haciéndolo, ofendería á los que gobiernan, abominando sus principios; ó si ejecutara sus injustos decretos, se vería obligado á renunciar á la lealtad y al pudor.... Convencido de su perversidad, no se detendrá á corregirlos con los consejos; en donde pueda emigrará para buscar en otro país la inocencia, como Epicteto, que odiando la tiranía de Domiciano, se retiró desde Roma á Nicópolis. Si se ve obligado á permanecer en el país, evitará las miradas del público, y entre las paredes de su habitacion salvará su virtud y áun la de los demas cuando pueda; cuidando, sin embargo, de no perder ninguna de las ocasiones en las cuales debe el hombre honrado manifestarse á los amigos, á la familia y á los conciudadanos. En ninguna otra situacion hay necesidad más frecuente de los consejos y de la asistencia de un amigo fiel, cuya compasion mitigue muchas penas, y que con su afecto participe de nuestros peligros. Si prospera, dará gracias á Dios que lo dejó en pié en la tempestad. Si en el eterno combate que la vida regular debe sostener contra la desarreglada; si en la lucha entre la moderacion y la intemperancia, incurre en si-

tuaciones peligrosas, entónces precisamente conviene que dé pruebas de virtud; entónces, los que se dejan abatir por el temor, se manifiestan dignos de vivir en un estado corrompido; miéntras que aquellos que considerando tales sucesos como ocasiones en que probar el valor, se conducen como los luchadores, que en los juegos públicos se enardecen más á medida que se les presentan adversarios más fuertes, y dan las gracias á los directores del espectáculo por la ocasion que les ofrecen de mostrar su valor, encontrarán la recompensa no en la frágil corona, sino en el aumento de virtud y de sabiduría.»

Un testimonio de la rápida ruina de la elocuencia es Pedro, arzobispo de Rávena, el cual suplió con un exceso de argucias la falta de los afectos que brotan espontáneamente al meditar las verdades eternas, cuidando sólo de pronunciar máximas ingeniosas, flores retóricas y de repetir un corto número de ideas bajo muchos aspectos, á fin de que pareciesen simétricas y brillantes. Y sin embargo, fué llamado el Crisólogo.

Juan, llamado Clímaco por su escala (*κλίμαξ*) ó regla monástica, en la cual imaginó treinta grados de sucesivo perfeccionamiento de la vida anterior para subir al cielo, era palestino y alumno del Nacianceno; vivió mucho tiempo mortificándose en el Sinaí, y las obras que nos dejó respiran sentimientos piadosos, expuestos con estilo sencillo y doméstico, que hacen agradable su lectura hoy mismo, como el oír los discursos de un viejo anacoreta.

Paulo, silenciario de Justiniano, cantó no sin mérito las *Termas Pítias*, y la descripción de Santa Sofía, que leyó cuando la dedicacion de aquel templo.

Jorge de Pisidia, archivero de Constantinopla, escribió en verso la expedicion de Heraclio contra los persas, y la guerra de los ávaros junto á los muros de su patria, manifestándose más historiador que poeta. Cristóforo, secretario de un emperador, satirizó en ciento treinta y dos versos á los aficionados á reunir reliquias. Otros versificadores, escasos de número y más escasos de ingenio, prueban que habia perecido la antigua inclinacion poética de los griegos.

## CAPÍTULO XXII

### Ciencia entre los griegos.

Una de las mil proposiciones que se repiten sin exámen y corren en boca de todos es que los bárbaros extinguieron entre nosotros la literatura. Mas para sostener esta proposicion es preciso olvidar cuán decrepita la observamos ya en la época anterior, y que subsistiendo las causas, debia descender cada vez más; es menester no ver que en el corazon del imperio griego, no tocado por los bárbaros, una literatura bastante más rica y original que la latina, continuó envilecida é impotente, sumergida en languidez letal, miéntras que la nuestra parecia un árbol podado, que en breve retoña y echa un tallo vigoroso.

Los filósofos y retóricos de Aténas, que veneraban la ciencia y las letras antiguas, perseveraban en el proyecto de derribar la religion que ya no se podia llamar nueva, valiéndose del mejor instrumento de mudanzas, la educacion de la juventud. Pero cuando Justiniano quitó los sueldos á los profesores, y destruyó despues sus cátedras, como hemos dicho, se refugiaron con su despecho en la córte de Cosroes de Persia, esperando que siendo enemigo del imperio y del cristianismo, auxiliaria sus proyectos. Ocupado el héroe en cosas de mayor importancia, no les hizo caso, por lo

cual se esparcieron por las provincias, desahogando aisladamente su ira ineficaz contra una religion ya demasiado robustecida.

Un viajero llamado Hierocles, distinto del gramático y profesor en Alejandría, á mediados del siglo V, nos dejó un comentario sobre los Versos Aureos de Pitágoras, y un tratado sobre la Providencia, sobre el destino y sobre el libre albedrío, en que se esforzó en poner de acuerdo á Platon con Aristóteles, refutar á los estóicos y á los epicúreos, y á los que pretendian que les era posible leer el destino en la época del nacimiento, ó alterar los decretos superiores por medio de hechicerías y ceremonias místicas. Sin embargo, su idea de la Providencia era trascendental, porque en otro tratadito (*Πως τὸς θεὸς χρηστεῖον*) sostiene que no se puede alcanzar de los dioses con oraciones el perdón de las culpas, siendo como son inmutables. Su discípulo Eneas de Gaza, que se hizo cristiano, se conservó apasionado de Platon, y en un diálogo *De la inmortalidad del alma y de la resurreccion de los cuerpos* defiende estos dogmas, oponiendo á la doctrina platónica del *Logos* y del alma del mundo la doctrina de la Trinidad. Pero para ser filósofo es demasiadamente ligero.





De Prisciano de Cesárea, que vivió casi siempre en Constantinopla, nos queda la gramática más completa que nos han transmitido los antiguos. Los primeros diez y seis libros tratan de las partes del discurso, los otros dos de la sintaxis, y escribió además de los acentos, de la declinación, de los versos cómicos, de las figuras y nombres de los libros y de otras materias. En época posterior, Focas de Constantinopla escribió acerca del nombre, del verbo y de la aspiración. Gregorio Magno se lamenta de que no hubiese en Constantinopla quien supiera traducir bien del griego al latín y vice versa, y el exarca Teodoro se admiró grandemente de encontrar en su gobierno de Italia á un tal Joancio, que sabía traducir los despachos de Oriente y escribir cartas en griego: vistas las cuales, el emperador, aficionado á él, quiso tenerle á su lado.

Procopio Cesariense, retórico de Constantinopla, dado por Justino á Belisario, el cual se aprovechó últimamente de él en servicios de guerra y de gabinete, elevado despues á las dignidades de senador y prefecto de la ciudad imperial, pudo informarse de las cosas de su tiempo, del cual se hizo sucesivamente historiador, panegirista y detractor. Procopio se esforzó en imitar á los clásicos, pero con más imaginación que diligencia, y dista demasiado de ellos en fuerza y elegancia. Su historia (*τῶν καὶ αὐτῶν ἱστορίων*) consta de ocho libros, cuyos dos primeros versan sobre la guerra de Persia, apoyándose en la obra armenia del obispo Pusant Posdus de Constantinopla, el cual describió los sucesos armenios hasta el año 390, cuya mayor parte se nos ha conservado; el tercero y cuarto comprenden la guerra de África, y los restantes lo que se hizo contra los visigodos de Italia. Este autor, bien informado siempre, es imparcial en todo, ménos cuando trata de su ídolo Belisario, ó de Justiniano y Teodora. Elogios áun más vergonzosos prodigó al emperador en los cinco libros *De los edificios imperiales*, encaminados á ponderar la magnificencia de éstos. Irritado despues probablemente de no obtener compensación igual á su esperanza y á su bajeza, dictó la historia secreta (*ἀνέκδοτα*), en la cual ultra-

ja sin piedad á la córte, pintando á Justiniano como un hipócrita, á Teodora como una vengativa, entregada á las peores lujurias, y á Belisario como un imbécil, juguete de una mujer intrigante y lasciva.

Es infame el que miente á su conciencia, y reniega privadamente lo que ostenta en público: pero como semejantes ignominias no son muy raras, véase cómo Procopio trata de disculparse de ellas: «He compuesto esta obra »porque veia imposible decir las cosas con verdad miétras vivieran los que figuraban en »ella: ni hubiera podido evitar sus espías, ni »los tormentos cuando me hubieran descubier- »to; de manera que ni áun de las personas más »queridas habria podido fiarme. Debí, pues, »disimular las causas de muchos de los suce- »sos que he referido, por lo cual las publico »ahora con otros hechos omitidos entónces; sólo »me aflige pensar que en la vida de Justiniano »y de Teodora tendré que referir cosas que á »la posteridad costará trabajo creer, y seré »considerado como un fabulista cuando ya no »vivan los que las presenciaron. Me consuela, »sin embargo, la intencion que tengo de no »decir nada que no se halle comprobado con »testigos.»

En lugar de cumplir esta última promesa, renuncia hasta al buen sentido para acoger cuentos vulgares, de diablos que ocupan el puesto de Justiniano ya en el trono, ya en el tálamo, y que le hacian la guardia con horrible aspecto, siendo únicamente visibles para los piadosos anacoretas. Por la inclinación humana de creer el mal más que el bien, hasta escritores de juicio han prestado mayor crédito á la historia secreta que á la pública; pero como en la una falta á la verdad manifestamente, pierde el crédito en ambas.

Agatias de Mirina escribió los hechos de Justiniano desde el año 553 al 59, tan prolijo en la narración y abundante en voces poéticas, como incorrecto, hinchado y cándido. Dice que vaciló ántes de entregarse á esta obra, porque se sentía más inclinado á los vuelos de la imaginación: ¿y qué prueba dió de ello? ¡Compiló una antología de epigramas! Su costumbre de detenerse en digresiones, oportunas ó no, nos



ha conservado noticias relativas á los francos, á los godos y á la Persia, que de otro modo habrían permanecido ignoradas.

Acerca de los hunos, de los ávaros, y de otros pueblos del Norte y del Oriente, nos informa el constantinopolitano Menandro, el cual continuó la obra de Agatias, hasta el año 582, y nos conservó el importante tratado de Justiniano con Cosroes, bastante para recompensar la nulidad del resto de la obra.

Al leer Teofilacto Simocacta la parte de su historia que referia la muerte de Mauricio, excitó el llanto de sus numerosos oyentes, y en verdad que no le falta elocuencia, siempre que no se deja arrastrar por el afán de filosofar.

Juan Laurencio, llamado Lido, coetáneo de Justiniano, y reputado como docto y buen escritor en verso y en prosa, dejó una obra *sobre los magistrados*, estadística romana de los tiempos imperiales y de los anteriores, y otra sobre los *presagios*, que es una colección de cuanto sabian los etruscos y los romanos, acerca de los augurios.

Esta última se publicó en París en 1812; y la presente pertenece á la *Colección de los historiadores bizantinos*, única autoridad de los tiempos medios para el imperio de Constantinopla y los países que tuvieron relaciones con él. Ambas son compilaciones de los acontecimientos desde Constantino hasta la toma de su ciudad, formadas sin crítica, descuidadas frecuentemente en el idioma y en el estilo, acumulando lo antiguo y lo nuevo, lo profano y lo sagrado, segun lo leído ó oído, sin plan ni enlace, y útiles sólo cuando refieren hechos contemporáneos. Las uniremos, por tanto, áun cuando sean de épocas distintas entre sí.

Juan Zonáras de Constantinopla, gran drungario, esto es, general y secretario del gabinete imperial, murió siendo monje del monte Atos despues del año 1118, hasta el cual llevó los sucesos de su crónica, que principia desde la creación. En los hechos de sus tiempos, merece ser alabado como imparcial; en la parte antigua se sirvió de historiadores que se han perdido; y áun cuando no indicó de quién eran los extractos que insertó en su narración, comprendió, sin embargo, que nada era menester

agregarles; vicio que no evitaron los otros compiladores, á los cuales nunca pareció la verdad bastante retórica.

Desde el punto en que Zonáras dejó su historia, la llevó hasta el año 1206 Nicetas Acuminato, fino apreciador de las bellas artes, que á veces incurre en declamaciones y en arranques satíricos. Nicéforo Gregoras, como fautor de los Palamitas, fué encerrado en 1351 en un convento, en donde murió; su obra, que comprende los sucesos desde 1204 á 1331, es apasionada y parcial en los sucesos, hiperbólica y afectada en el estilo. Laónico Calcóndilas de Atenas, vió y narró las victorias de los turcos sobre el imperio desde 1297 á 1462, y es abundante en hechos, pero crédulo.

Estos pueden llamarse historiadores. Más áridos son los cronistas, y con el primer libro que cae en sus manos, llegan desde la época de Adam hasta la suya, en la cual se extienden un poco Jorge, llamado Sincelo, á causa de su dignidad, y que murió hácia el año 800, ilustró mucho con sus *Selectas de cronografía* los hechos cronológicos, demasiado descuidados por los antiguos, y parecia singularmente precioso ántes de que el reciente descubrimiento de Eusebio manifestase que habia deducido de éste casi todo su libro. Sólo llega hasta Diocleciano, desde cuya época lo continuó Teofanes Isaurio, constantinopolitano, el cual, como partidario del culto de las imágenes, fué desterrado por Leon el Armenio á Samotracia, en donde murió hácia el año 817. Ni siquiera importan los nombres de Juan Malala de Antioquia y otros.

Mayor beneficio se obtiene de los que ilustran una vida ó un tiempo particular. Además del enunciado Agatias, Nicéforo Brienne, yerno de Alejo Comneno, defendió en 1096 á Constantinopla contra Godofredo de Bullon; trató la paz en 1108 con Boemundo, príncipe de Antioquia; y si hubiera sido más valiente, habria podido ser emperador á la muerte de Alejo. Escribió la *Materia histórica* sobre la casa de Comneno, desde Isaac hasta Alejo, siendo buen narrador, pero muy parcial.

Continuó su obra su esposa Ana Comneno, que al escribir los fastos de su padre, mani-





festó su propia ambición, no secundada por su marido, ni reprimida por su hermano. «Yo (dice en el exordio de su obra), yo, Ana, hija del emperador Alejo, y de la emperatriz Irene, nacida y criada en la púrpura, no ignorante de las letras, ántes bien interesada en la perfección de la lengua griega: conocedora de la retórica, del arte de Aristóteles, y del diálogo de Platon; ejercitada en las cuatro ciencias matemáticas con que se fortalece el entendimiento (áun cuando pueda parecer efecto de mi vanidad, me será lícito mencionar las dotes de que soy deudora en parte á la naturaleza, en parte á mi aplicación, en parte á Dios, y en parte á circunstancias favorables), he resuelto referir los hechos de mi padre, dignos de que no sean arrebatados, por decirlo así, por el torrente de los tiempos hácia el río del olvido.» La abyecta medianía de los demás, da alguna importancia á la historia de Ana; y sin embargo, prolija, orgullosa y sin ideas, sostiene en interminables períodos á fuerza de metáforas la vaciedad de los pensamientos; habladora áun más que mujer, ostenta erudición, un estilo florido hasta llegar á ser poético, y esmerado hasta el punto de sacrificarle los hechos. Celebra las empresas y las virtudes de su padre, entre las que pone hasta las humillaciones, á las cuales dice que se sometió en penitencia de sus pecados. Calcúlese cuánto debían repugnar á la princesa literata los cruzados, gentes de maneras tan toscas y hasta de nombres tan duros, que no tuvo valor para repetirlos en idioma griego. El imperio de éstos en Constantinopla tuvo por narrador á Jorge Acropolita.

Otros bizantinos escribieron de antigüedades y de estadística, como el antedicho Lido; Esequio de Mileto, que escribió una crónica á contar desde el asirio Relo hasta la muerte del emperador Anastasio, y de la cual queda un precioso fragmento sobre el origen de Constantinopla; y el gramático Hierocles, que describió las sesenta y cuatro provincias del imperio oriental y sus novecientas treinta y cinco ciudades.

El emperador Constantino Porfirogéneto, además de la vida de su abuelo Basilio el Ma-

cedonio, dedicó á su hijo Romano una obra acerca de la administración del imperio, del origen, costumbres y empresas de los bárbaros, con los cuales se encontraba entonces el imperio en lucha. Hablando de los septentrionales, dice: «Estos son de insaciable codicia, y exigen enormes recompensas por pequeños servicios, de modo, que es menester eludir sus peticiones con sagacidad. Si, pues, los cazadores, los turcos, los rusos ó semejante canalla piden trajes imperiales, coronas y otros objetos preciosos, respóndaseles que no son obra de los hombres, sino que las envió Dios por medio de un ángel á Constantino cuando puso en ella al primer emperador cristiano, ordenándole depositarlas en Santa Sofía, y no usarlas fuera de los domingos; amenazando, que si un emperador las usara caprichosamente ó cediese la menor parte de ellas, se convertiría en enemigo de Dios, y sería excluido de la comunión de los fieles; y cuán peligroso es infringir esta orden, lo prueba el hecho de Leon (Cazaro), el cual se puso en la cabeza una de aquellas coronas en día de trabajo, contra la voluntad del patriarca, y fué atacado de una úlcera en la cara, de la cual murió.» Aconseja que se dé una respuesta idéntica si pidieren alguna vez de aquel fuego que arde dentro del agua.

Se atribuye á Constantino VII un tratado de las ceremonias de la corte de Constantinopla, de la Iglesia, de los ejércitos y de los juegos públicos. Escribió también del arte militar, siendo tan infatigable para el estudio como inhábil para el gobierno, y mandó á Simeon Metrafrasto que recopilase las leyendas de los santos, y á otros que hiciesen colecciones de las obras hipiátricas y geopónicas. En tanta escasez de libros, era gran mérito el extraer de muchos volúmenes lo mejor que en ellos se encontrase. Constantino, poseedor de una insignie biblioteca, por favorecer á los estudiosos, ordenó á Teodosio el Pequeño que formase una especie de enciclopedia que excusase todos los demás libros. Excluyó las obras de imaginación, incapaces por su naturaleza de ser extractadas, y las de pura ciencia, debiendo tener lugar en ella materias de utilidad general, y



útiles; para la instrucción de un hombre de mundo. Estaba distribuida su colección por materias (*Κεφαλαίους υπόθεσις*) en cincuenta y tres libros, cada uno con su título particular, por ejemplo: *De los emperadores y príncipes que abdicaron.*—*De los ejércitos vencidos que se repusieron.*—*De las cosas eclesiásticas.*—*De los milagros, etc.* Dos solas secciones nos quedan, *de las embajadas, y de las virtudes y de los vicios.*

La primera contiene noticias de las embajadas enviadas por los romanos, tomadas algunas de libros que se han perdido por completo ó destrozado, como sucede también con la otra. Y cuando recorriéndolos pensamos en la infinidad de obras raras que tenían á mano los griegos de entonces, nos persuadimos cada vez más de que la erudición es una ciencia muy inútil, siempre que no sirva más que para eximirnos de pensar por nosotros mismos. Leían en el idioma propio á los grandes autores, y sin embargo, no nos transmitieron un descubrimiento en las ciencias naturales, ni un comentario verdaderamente filosófico relativo á los antiguos pensadores, ni una idea original, ni

una comedia ó tragedia, y ni siquiera una copia digna. Comprendían las costumbres clásicas, que continuaban siendo las mismas con poca diferencia; analizaban las bellezas estéticas, pero como á los médicos, con el escalpelo anatómico, se les escapaba el alma, el sentimiento verdadero de la dignidad antigua, y después de leer en su idioma los arranques del patriotismo, no sabían hacer más que postrarse cobardemente ante débiles Césares, sirviéndose de frases pomposas para encubrir su cobardía y nulidad. Acudiendo ansiosos al circo, les parecía que imitaban bien á sus antepasados romanos; se jactaban de filósofos porque utilizaban en inútiles disputas, de elocuentes porque declamaban, y de científicos porque reproducían algún trozo de la sabiduría de sus abuelos; pero por otra parte el literato cubría sus bajas acciones con frases clásicas; los generales huían repitiendo versos de Homero, y los monarcas, con las máximas de Aristóteles y de Platon en los labios, no tenían fuerza para recobrar la antigua grandeza, ni humildad bastante para acoger la más modesta, pero más fecunda doctrina de los tiempos nuevos.